

CRONICA INTERNACIONAL

I

EL curso de los acontecimientos durante el segundo trimestre del año, ha estado encaminado hacia una aproximación de las cuatro grandes potencias occidentales, que marque, si no el fin de la «guerra fría», al menos una mejora de la tensión mundial y el arreglo de algunos de los problemas más candentes. Así las proposiciones soviéticas, sobre el desarme presentadas a la Conferencia de Londres, se aproximaron más que ninguno de sus planes anteriores a las tesis occidentales. El acuerdo de «Estado» con Austria fué concluído con rapidez, poniendo fin a un atasco de dos lustros. La conmemoración del décimo aniversario de la Conferencia de San Francisco, dió margen para un contacto de los ministros de Asuntos Exteriores, preparatorio de una reunión de «alto nivel» entre Jefes de Gobierno, a celebrar en los comienzos del tercer trimestre. Incluso China tuvo un gesto hacia los EE. UU. libertando a algunos de sus cautivos, y mezclando las declaraciones conciliatorias con las habituales en su cancillería.

Todos esos antecedentes parecían abonar una paralela y automática mejoría de los problemas africanos y orientales. Y, sin embargo, no fué así. En un balance objetivo de las realizaciones de ese segundo trimestre de 1955, anotaríamos como saldo positivo el acuerdo francotunecino, que si no es una panacea para todos los problemas de la Regencia, representa, al menos, una notable mejoría de sus condiciones políticas y un cauce constructivo para su futura evolución, si es aplicado lealmente. Acontecimiento también de utilidad internacional en el futuro, a pesar de las momentáneas tormentas que suscitó, fué el acuerdo turco-iraquiano. Los demás hechos destacables de ese período tienen un carácter confuso - como las Conferencias de Bandung y Bagnio, o fueron francamente negativas y aun peligrosas para la paz en algunos casos. Está visto que aunque

la paz del mundo sea según la O. N. U. «una e indivisible» su asentamiento es susceptible de escalonamientos regionales; y por una vez Europa marchó por delante de Asia y Africa en la mejora de las perspectivas de entendimiento y colaboración internacionales.

II

En el ámbito de las Conferencias internacionales hay que destacar una, cuyos participantes cubren aproximadamente el área que suelen estudiar estos CUADERNOS. Nos referimos a la de Bandung, la de tan extraordinaria importancia que es objeto de un estudio separado. En esta Crónica nos limitaremos, pues, a destacar sus rasgos esenciales, su balance y sus perspectivas. Fué un éxito inicial al participar en ella 29 de los 30 invitados. Fué un éxito, más modesto de organización y desarrollo, al no producirse ninguna ruptura ni disentimiento sensacionales pese a los ataques de los países occidentalistas al neocolonialismo comunista. Fué, en cambio —y forzosamente—, bastante vaga o platónica, según los supuestos, en sus conclusiones. Gran parte de las coincidencias se encontraron por vía negativa condenando la supervivencia del colonialismo europeo; ya el holandés en Nueva Guinea, ya el británico en las fronteras de Aden —y oficialmente en Chipre— ya el francés en el Magreb. Otra parte de las coincidencias se encontró en el terreno fácil de las declaraciones de principio (autodeterminación de los pueblos, cooperación internacional, elevación de niveles humanos, etc.). Aunque quedó demostrado que los pueblos afroasiáticos, incluso con la presencia de la India y de China roja, no poseen todavía todos los instrumentos y condiciones necesarios para desenvolver sus planes de transformación y mejora, sin acudir a otros del Occidente, o a las instituciones mundiales, de las que aquéllos son parte básica. De todos modos, Bandung fué una reunión mucho más «moderada» de lo que ciertos círculos esperaban —unas con satisfacción y otros con temor— y dejó la puerta abierta para una ulterior reunión semejante en otro año. Fué también una Conferencia mucho más asiática que africana, y si no más «china» que «india», por lo menos mucho menos dirigida por Nehru, con sus ecos indonesio y birmano, de lo que auguraban ciertos comentaristas.

Bandung tuvo un eco de mucho menos volumen y de dudosa eficacia: Bagnio, es decir, la conferencia de los Miembros de la O. T. A. S. E. (o S. E. A. T. O.) agrupados para delinear y dar vida a los organismos derivados del pacto de Manila (Secretariado permanente; Comisiones militar, Económico-social y Antisubversiva). La realidad es que la defensa anticomunista en Asia Oriental sigue estando incompleta y marcha con cierta lentitud. La prueba fué el fracaso de la proyectada conferencia anticomunista de Taipeh, por el veto sudcoreano al Japón.

Una tercera constelación se dibuja dentro del área que examinamos: la que se formará cuando Pakistán una formalmente su adhesión a la de Inglaterra al Pacto turco-iraquí de Bagdad, estableciéndose el Consejo previsto en su texto, que vendrá a llenar el vacío existente en el Oriente Próximo-Medio, desde el abandono del Pacto de Saadabad en 1941. Aun comprendiendo las lógicas repulsas de Egipto y otros países árabes al pacto, por la intromisión en él del Reino Unido —que nadie espera que sea altruísta— creemos que a la larga se superará esa oposición, y todos los países de la región —incluidos Turquía e Irán— formarán el bloque que tanta falta hace y que complete, en lugar de duplicar, al ya formado desde 1945 por los Estados puramente árabes.

III

Examinando por países los acontecimientos más destacables desde el punto de vista que interesa a esta Crónica, nos encontramos en el Lejano Oriente, la subsistencia de los conflictos preexistentes con todas sus características, incluso las de confusiónismo y obstrucción en torno a círculos viciosos de difícil superación internacional e interna. El coloso chino acusó con las «depuración» y la muerte de Kao-Kang, el dictador de la Manchuria roja, la primera de sus crisis políticas reconocidas. Compensada hasta cierto punto por la ocupación de Puerto Arturo, evacuado por los rusos conforme al último convenio entre Pekín y Moscú.

En el Japón, el gobierno Hatoyama, contra lo que parecía suponer, no encontró tan expedito el camino para sus negociaciones con los soviets, ni para adoptar su «tercera posición», ni para su expan-

sión comercial. Formosa protestó con indignación contra las fórmulas «neutralizadoras» elaboradas por Londres y Delhi; renunciando poco a poco a las avanzadas insulares que mantenía cerca del continente. Incidentes sangrientos jalonaron el armisticio de Corea, la lucha de las bandas armadas de Achin y Pasundan, contra el gobierno indonesio, la insurrección de las Molucas del Sur, la disidencia Karen contra el gobierno birmano. Hasta en Singapur una huelga sangrienta movida por «Popular Action» amargó su victoria al gobierno laborista de Marshall.

Pero fué Indochina la que alcanzó más renombre en este aspecto sangriento de los hechos, con la larga lucha sostenida por las sectas Hoa-Hao y Binh-Xuyen (todavía no seguidas de la Cao-Dai) contra el primer ministro vietnamita Diem, por adueñarse del poder. Una lucha particularmente cruel con los refugiados, y tras de la cual estaba la pugna entre Francia y los Estados Unidos respectivamente hostil y partidarios de Diem. La primera y lógica salpicadura de la contienda fué la decisión del Consejo Revolucionario, aceptada por la Asamblea provisional, de deponer al soberano nominal Bao Dai (pese al acuerdo Dulles-Pinay) que desde la lejana ex-metrópoli pretendía deponer al primer ministro. En el vecino reino de Camboya, abdicó el soberano Norodom Shihanuk en su padre Norodom Suramarit, pero no para apartarse del escenario político. Otra sucesión regia se produce en la esfera de influencia de la India: la del rey Tribhurana de Nepal, muerto en Suiza, en pleno período de reformas modernizadoras de su país —penosamente conducido por los congresistas de Koirala— sucediéndole en el trono su hijo Malendra Bai Mikram. Curiosamente Bharat no registró —tras de la derrota electoral comunista en Andhra— grandes novedades, aunque Nehru continuó su bloqueo de Damao y en la frontera de Pakistán hubo algunos incidentes. Mucho menores en importancia los sucedidos en Kabul al asaltar las turbas las sedes de la representación diplomática pakistaní, al parecer excitadas por los discursos de ciertas personalidades —como el ministro de la Guerra— tomando por motivo o pretexto algunas de las medidas adoptadas en la zona *puctu* de las tribus fronterizas. Los dos países cambiaron notas agrias, cerraron sus representaciones y consulados; Afganistán movilizó y la frontera llenóse de tropas por ambos lados. Por fortuna la mediación de Seudía y Egipto suavizó la tensión, impidiendo lo peor.

En Iran, el gobierno Hassan Alá prosiguió adelante sus planes de explotación — en la parte que le corresponde — de las riquezas petrolíferas, dentro del acuerdo con los occidentales y con la Anglo-Iranian. Pero dilató su unión al Pacto de Bagdad.

IV

Dentro de los países árabes, cuyos acontecimientos se estudian más al detalle en la Crónica correspondiente, hay que registrar aquí la pugna del bloque El Cairo-Damascó-Riyad con el Iraq. La inquietud que costó la vida al hermano del ex-dictador Chichakli en Siria, y varios incidentes en la línea de demarcación egipcia-israelí de Gaza.

El acuerdo sobre las aguas y las obras del Nilo entre Egipto y Sudán, que sin embargo ha resuelto ya ser independiente y no federarse con Egipto, aunque mantendrá con él enlaces y órganos mixtos para los asuntos exteriores, defensivos y del Nilo. La revuelta contra el iman Ahmad de Yemen, que costó la vida a su hermano y promotor Abdullah.

La discusión entre Libia y Francia centróse en el retraso de la evacuación del Fezzán y en la queja francesa por la ayuda libia a los *fellagha* magrebí. Y hablando de *fellagha* hay que pasar revista a los acontecimientos del Magreb, tan ligado a España. Ya hemos anticipado que el acuerdo Faure-Burghiba (en realidad debido a los planes del anterior *premier* Mendès-France) permite esperar una mejora del panorama tunecino, aunque subsistan *fellagha* incontrolados y aunque desde el exterior Salah-ben-Jusef, amenace con una disidencia de la fracción disconforme del *neo-destur*. La «tunificación» de servicios y poderes — en el sentido bueno del vocablo — será amplia y progresiva, conservando Francia no sólo los poderes exteriores (defensa y relaciones con el control de fronteras y de ciertos puntos), sino un lógico trato de privilegios en cuanto a los derechos e intereses de sus súbditos y propiedades y a la participación en varios asuntos locales. Lo que no parece aplacar a todos los colonos, capitaneados por Colonna y Puaux.

En contraste con la mejoría tunecina registramos el empeoramiento argelino y el estancamiento marroquí. Ni los discursos y promesas

del ministro Bourguès-Maunoury y del Gobierno Soustelle, ni la proclamación del estado de excepción (con medidas gubernativas tan duras como la vuelta a los castigos colectivos y las posibles represiones en perspectiva) ni la concentración de fuerzas —hasta llevar una división de la O. T. A. N.— en Constantina y el Orés, acabaron fácilmente con el puñado de guerrilleros desesperados del «Ejército de Alah». En realidad, la crisis no era de orden público en unos cuantos «Arrondissements» y «annexes» sino la del asimilacionismo parcial de siglo y medio, del cual la última fórmula es la del Estatuto de 1947, cuya reforma se anunció en vagos términos. Respecto de Marruecos, ni las declaraciones del ministro July, ni las reiteraciones del residente Lacoste («el plan de reformas será una realidad, una vez establecido el orden»), pudieron hacer avanzar un paso hacia su solución al problema del que fué exponente diario y trágico el terrorismo en Casablanca (más las silenciosas represiones en el interior) y del que fueron raíces la obstinación francesa en la cuestión dinástica y el deseo de no hacer nada en favor de una real evolución de Marruecos, dentro del obligado respeto a su soberanía y a su integridad. Bien es verdad que en París tomó, estado parlamentario oficial la reforma del Título VIII de la Constitución de 1946, relativa a la Unión Francesa. Pero ¿qué tiene que ver Marruecos con la Unión Francesa, por mucho que lo deseen los políticos galos? Marruecos con quien tiene que ver, por ideales y cultura, es con el mundo árabe y por su vecindad e intereses con sus otros vecinos magribíes, incluida España.

V

En el continente negro, reinó en general —y por contraste—, mayor calma, aunque parcialmente turbada por incidentes aislados como los disturbios promovidos en el Camerún Francés (a poca distancia de nuestra Guinea: en el triángulo Yaunde-Edea-Duala) por el partido «Unión Populaire» disconforme con la política seguida por las autoridades del fideicomiso. En Nigeria continuaron las consultas interregionales para ultimar un acuerdo que permita llegar al autogobierno en 1956. En Liberia, fué reelegido casi sin oposición el presidente Tubman, de los *true whig*, un gran amigo de España, bajo cuyos anteriores mandatos el país ha progresado mucho. En el extremo sur

del continente, el gobierno Strijdom, siguió impertérrito sus planes de reforma administrativa y social de raíz segregacionista. Para eliminar obstáculos constitucionales, aumentó el número de magistrados del Tribunal de Bloemfontein, advirtiendo que corresponde al Parlamento y no a los Tribunales, la tarea de enmendar la constitución y que si el país quiere una República, en su día la tendrá. Al mismo tiempo se suspendieron las conversaciones con la India y Pakistán, y se aceleraron las obras, inversiones y planes de desenvolvimiento económico que tan importante papel aseguran a la Unión en el conjunto de los países blancos del mundo. Dos Jefes de Estados —el Presidente de la República de Portugal y el Rey Balduino— visitaron el continente negro.

Como un eco del Africa Negra, el Africa americana, es decir, Caribe negro, continuó sus tareas —en la parte perteneciente al Imperio británico— para su Federación autónoma comenzando por homogeneizarse su nivel interno, elevando el de las dependencias más atrasadas, mediante la ampliación de los poderes locales, de la representación y de la responsabilidad de los ejecutivos, adaptados al «member system». En el Caribe holandés, la victoria del Frente Unido de la Oposición en Surinam costó su puesto al Gobernador y cambió los horizontes de la política local.

VI

Varias satisfactorias realidades hay que registrar en el período que examinamos respecto a las relaciones de España con países de ese área. Así la visita del Mariscal y Primer Ministro Tai Pibul Songkram a Madrid, el establecimiento de relaciones con Ceylán, un acuerdo general con Iraq, y el anuncio de la visita (para los primeros días de junio, es decir, al cerrarse esta Crónica) de SS. MM. hachemitas los Reyes de Jordania a Madrid, donde tanta simpatía y cariño ha de despertar la joven y real pareja, digna representación de un joven Estado ya ligado a nuestra Patria por viejos y profundos lazos de fraternidad, bajo comunes ideales espirituales.

J. M. C. T.

5 de junio de 1955.